

gularidades, caprichos y gustos personales, sin trascendencia á la vida general, que se desarrollará con escolta y comitiva de automóviles, en vehículos, bicicletas, triciclos, con la electricidad á la mano y el gas pronto á suministrar fuerza motriz.

\* \*

*Arrastrar coche* fué antaño uno de los privilegios de la opulencia. Creíase que el ahorro de las piernas y la posibilidad de trasladarse rápidamente de un lugar á otro era como la ejecutoria de los poderosos. Poco á poco, se democratizó también el coche. Primero, se estableció la posta; después, las carrozas de alquiler. En España, calesines y calesas pulularon, prestando el alegre titinteo de sus cascabeles á los regocijos de la gente de buen humor. La plebe se arregló como pudo, con las galeras, las carretas, los carros, las tartanas. En mi país, las mozas vuelven de la siega empingorotadas sobre la mies, y el labrador que regresa de vacío, habiendo vendido á buen precio en la ciudad sus hortalizas ó su leña de pino bravo, también trepa al carro céltico, y se deja conducir regaladamente. No puede decirse que los menesterosos hayan desconocido siempre el gusto de ir *en patas ajenas*. A cada paso adelante que daba el siglo, España, renqueando, trataba de asemejarse, de seguir la estela de los adelantos que hacen tan cómoda y grata la vida. Tuvimos ferrocarriles, tardecito; ómnibus y tranvías, tardecito; tranvía eléctrico (mirándolo punto menos que como la octava maravilla) este año de 1899. Y á paso de tortuga, con timideces de doncella púdica que se asoma á la puerta del cuarto de un doncel, van apuntando los automóviles, última palabra de la locomoción en este siglo que tanto la ha facilitado, generosamente.

\* \*

Siempre que empieza á popularizarse uno de estos inventos indiscutibles, pero discutidos en detalle, son de oír los diálogos que se cruzan, y en los cuales generalmente domina la nota *misoneísta* y el temblor del miedo á lo desconocido.

— Yo ni por mil duros me embarco en semejante chocolatera.

— A mí el olor me da náuseas.

— Es peligrosísimo.

— La familia H se despeñó, y el Sr. N se fracturó un brazo. ¡A ver!

— En las cuestas arriba se *planta*.

— En las cuestas abajo se *desboca*.

— Requiere un maquinista muy experto, y si no, no funciona.

— Y ese maquinista tiene que ser extranjero, y no se conforma con menos de un duro diario.

— Yo encuentro feísimo ese armatoste.

— ¡Quién lo duda! Como que lo bonito de un coche es el tronco.

— Y cuestan un ojito de la cara. El de H... se llama doce mil pesetas.

— Rebaje usted. No hay semejante cosa.

— Serán seis mil.

— En fin, que ni regalado.

— ¡Ni regalado!, repite el coro de los que detestan la novedad, venga de donde viniere.

\* \*

De suerte que por ahora, los atrevidos nautas descubridores que han importado á mi pueblo los *teuf teuf* tienen contra sí á una hostil y recelosa mayoría. El convencimiento de que el automovilismo es el «carruaje enganchado» para todos, no ha penetrado aún en los cerebros, así como las pupilas no han acertado á habituarse á la forma peculiar de esos carruajes sin tronco, semejantes, preciso es reconocerlo, á una sartén sin mango.

Partidaria decidida del automóvil, confío en la próxima Exposición Universal francesa para que se aclimate en este rincón del mundo. La Exposición (cabe anunciarlo sin ínfulas de profeta) ha de sacar á luz mil inventos y reformas que hagan desaparecer las actuales dificultades del automovilismo, y sobre todo permitan ofrecer al público el cachivache en condiciones accesibles á los bolsillos. La primera máquina de coser que he visto había costado cerca de ochocientos francos y era de muy difícil manejo; tanto, que acabamos por arruinarla. Cada aguja que se rompía, conflicto; cada vez que se aflojaba la tensión, ahogo. Los defectos quizás superasen á las ventajas, y sin embargo se veía *allí* un progreso enorme, un gigantesco desarrollo para la industria, la esperanza de ventajas incalculables para la humanidad. No tardó mucho tiempo en perfeccionarse la máquina, y en poder obtenerla las clases modestas

en las condiciones actuales, que hacen de ella el precioso auxiliar de la jornalera y de la costurera humilde. En la más recóndita aldea se escucha ya el traqueteo de la máquina de coser. Espero que no transcurrirán muchos años sin que las carreteras se llenen de automóviles.

\* \*

Por lo pronto, va á establecerse una línea de estos vehículos entre la Coruña y Santiago; pues somos tan desdichados, que no hay trazas de que la capital de Galicia y la Jerusalén de Occidente se vean unidas por una vía férrea. Esta empresa hará que se les pierda el miedo á los automóviles. La rutina quizás se avenga á soltar los andadores de niño y el báculo senil en que se apoya para recorrer todos los días, despaciosamente, la misma senda. Es de advertir que en este trayecto de Compostela á la ciudad herculina permanece y dura en todo su esplendor la tradicional y clásica *diligencia* de nuestros bisabuelos. El tiro de doce mulas que responden ó mejor dicho atienden por *Coronela* y *Generala*; el mayoral de blusa, gordo, con su montera de piel, su tagarnina al canto de la boca y su blasfemia en la punta de la lengua sucia; el zagal menudo, ágil, con su vara y su faja roja y sus listas piernas de galgo; las guarniciones mugrientas, rotas, atadas con cordeles; la *baca* enorme, atestada de fardos y bultos y baulazos; el *cupé* aéreo, adonde trepan los aficionados al aire libre y á las buenas vistas; la *berlina*, el sitio de preferencia, adonde es preciso encaramarse poniendo el pie en la rueda salpicada de barro; el *interior*, innoce, pestífero, plagado de olores repugnantes y con vidrios que dejan sospechar si se habrá acabado el agua en la provincia; todo este aparato de la diligencia de principios del siglo continúa inalterable. Lo único en que conocemos que se ha progresado, es en que á esta venerable diligencia no suelen asaltarla ya ni foragidos ni facciosos. El elemento altamente pintoresco del asalto ha desaparecido, y el viaje se verificaría con absoluta tranquilidad, á no existir unas revueltas y despeñaderos donde la diligencia, á veces, gusta de pegar una cabriola y dejarse rodar hasta el fondo del valle. Sería difícilísimo averiguar por qué existen rachas de vuelcos. A lo mejor la diligencia se siente formal y deja transcurrir un año, año y medio, sin dar el *pinche*, como aquí se dice. Y de súbito, en un mes, en una semana, vuelca varias veces.

\* \*

Lógicamente, debiera volcar todos los días (mañana y tarde; sale á las doce y á las ocho). En efecto, ó las reglas del equilibrio no rigen, ó tiene que venir al suelo un coche cuando es más estrecho de abajo que de arriba y le pesa mucho más la cabeza que los pies. En tal caso está la diligencia consabida, y tenemos que agradecerle de todo corazón que sólo obedezca á la ley de gravedad así, de tiempo en tiempo.

No falta quien murmure si, más que otras razones, influirá en los vuelcos el zumo parral. Al salir la diligencia de noche, raro es que el mayoral no lleve el cuerpo aforrado y abrigado interiormente. Suben las mulas despacio las cuestas de la carretera, y al lento rodar del inmenso vehículo, mayoral y viajeros descabezan un sueño, más ó menos reparador. Y cuando ronca descuidadamente el mayoral y los viajeros sueñan que están en su camita, muy sosegados..., ¡*patatrás!*, de repente el coche se inclina, crujen los muelles, el tiro, loco, se arroja por la pendiente ladera al precipicio...

Por peligrosos que sean los automóviles, no lo serán tanto como la arcaica y patriarcal diligencia, de aspecto engañosamente bonachón.

EMILIA PARDO BAZÁN

## LA VIDA CONTEMPORANEA

Cada vez que — al subir por la ancha carretera de Marinada á Betanzos, al paso vivo de las jacas que arrastran el coche — veo pasar á nuestro lado, anunciándose antes con su anheloso *¡teuf!, ¡teuf!*, el biciclo automóvil, que cruza semejante á una exhalación y deja por memoria un olor pestífero á mineral ó gasolina, se me ocurre que los caballos ya van pareciéndose á las ballestas y lanzas cuando las desterraba la artillería naciente, y que dentro de poco los que nos empeñemos en continuar haciendo uso de la tracción animal, seremos algo anacrónicos, como era Don Quijote al encasquetarse el yelmo de Mambrino y cubrirse el pecho con la coraza comida de orín y empuñar el descomunal lanzón.

Si hay algo que esté «llamado á desaparecer» no es la forma poética, son los coches tirados por caballos y mulas. Nadie sospecha la revolución que va á consumarse aquí (señalo al planeta) dentro de cortos años, porque esto del automovilismo va de prisa (en España no, pero va en el resto del mundo); y es seguro que en lo por venir el caballo, nobilísimo animal, cuadrúpedo asociado á todas las glorias militares de los bípedos (excepto á las navales), quedará relegado á los Museos de Historia Natural, donde se enseñará su esqueleto como hoy se enseña el del mastodonte, el plesiosauro y el megalosauro antediluvianos.

Si en esta perspectiva entra alguna exageración, por lo menos habrá que convenir en que la misión del caballo quedará reducida únicamente á lo que ya hoy tiene de ostentosa y puramente suntuaria. Los duques de Alba del porvenir no renunciarán, es probable, al goce de albergar en fastuosas cabellerizas á unos cuantos troncos *select*, rusos, mecklemburgueses ó húngaros, cruzados de esto, de aquello ó de lo de más allá, para solazarse en guiarlos, adiestrarlos y pasearlos á son de bocina; los románticos que quieran galopar á campo traviesa, ó soñar dejando que las riendas floten sobre el cuello sudoroso del bruto, no renunciarán al potro árabe ni á la yegua inglesa de fino cuello. Pero estas serán superfluidades, sin-